

11 Porque Cristo se hizo Hombre

HA SIDO DICHO QUE "EL CRISTIANISMO ES CRISTO" Y QUE LA teología cristiana es por lo tanto una explicación sobre quién Cristo es y lo que significa tener fe en él. Esto no es tan simple como parecería ser a primera vista, sin embargo. En primer lugar, la afirmación más importante que puede hacerse sobre Jesús, que es tanto Dios como hombre, es muy difícil de captar. Por otro lado, las doctrinas sobre la persona de Cristo nos conducen rápidamente e inevitablemente a consideraciones sobre la obra de Cristo. Todo esto hace que resulte imposible hablar significativamente sobre quién es Jesús sin hablar al mismo tiempo sobre lo que hizo y sobre la importancia de lo que esto representa para nosotros.

¿Por qué Jesús se hizo hombre? La respuesta a esta pregunta, como habremos de ver, es que Jesús se hizo hombre para poder morir por los que habrían de creer en él. Esta respuesta está tratando la obra de Cristo y por lo tanto bien podría ser considerada más adelante, en la sección sobre la obra de Cristo. Pero también es relevante aquí, porque la obra desarrollada por Cristo está íntimamente relacionada con quién él es, y la pregunta "¿Qué hizo?" requiere inevitablemente una explicación sobre su singular naturaleza como Dios-hombre. Podríamos decir que la naturaleza de Cristo le otorga significado a su obra. Y su obra, que gira en torno a la expiación, constituye el fundamento apropiado para una doctrina sobre su persona.

James Denney, un profesor del United Free Church College en Glasgow, Escocia, trató este tema a fines del siglo pasado y comienzos del presente. Necesitamos una expiación. Pero, como escribe Denney, Cristo es la única persona que puede realizar esta obra por nosotros.

Esta es la cosa más profunda y decisiva que podemos conocer sobre él, y al responder a las preguntas que derivan de ella, estamos comenzando sobre una base en la experiencia. En un cierto sentido Cristo se nos aparece como el reconciliador. Está cumpliendo la voluntad de Dios en nuestro lugar, y a nosotros sólo nos cabe observar. Vemos como se derrama sobre él el juicio y la misericordia de Dios en relación a nuestros pecados. Su presencia y su obra sobre la tierra son un regalo divino, una visita divina. Él es el regalo que Dios le hace a los hombres, no es el ofrecimiento de los hombres a Dios. Dios se nos entrega a sí mismo en y con él. Le debemos todo lo que llamamos vida divina. Por otro lado, esta visita divina se hace, y esta vida divina es impartida, mediante una vida y una obra que son verdaderamente humanas. La presencia y la obra de Jesús en el mundo, incluso la obra de llevar el pecado, no nos obliga a definir lo humano y lo divino por oposición: no hay ninguna sugerencia de incongruencia entre ambos. Sin embargo, ambos están presentes, y el hecho de que ambos estén presentes justifica que nos preguntemos acerca de la relación de Jesús con Dios por un lado, y de su relación con los hombres por otro.¹

Es por ese motivo que debemos ocuparnos aquí sobre la obra de Cristo, en particular como una explicación de la Encarnación. Solamente después de haber hecho esto podremos estar en libertad de considerar la obra de Cristo en su totalidad.

El motivo de la Encarnación

En las obras de Anselmo de Canterbury (que murió en 1109) encontramos una afirmación clásica con respecto a la pregunta sobre por qué Jesucristo se hizo hombre. La obra teológica maestra que escribió Anselmo, *Cur Deus Homo* (que literalmente significa "¿Por qué Dios hombre?", y expresada en términos más coloquiales, "¿Por qué Dios se hizo hombre?") trata la cuestión de la Encarnación. La respuesta es una afirmación cuidadosamente pensada sobre la expiación. Anselmo respondía que Dios se hizo hombre en Cristo porque sólo una persona que fuera Dios y hombre al mismo tiempo podía lograr nuestra salvación. Al aproximarnos a este tema desde la perspectiva de Anselmo, no queremos decir que no hayan otras razones para la Encarnación. Ya hemos señalado que nos revela el valor que Dios asigna a la vida humana. La creación declara que la vida es valiosa, pero que el pecado la ha desvalorizado. La Encarnación, en el centro de la historia del

pecado humano, nos señala que Dios no nos ha abandonado sino que nos ama y nos estima aunque estamos en un estado caído. La Encarnación además hace dos cosas adicionales. Nos muestra que Dios es capaz de entendernos y simpatizar con nosotros, lo que sirve de impulso para acercarnos a él en oración (como lo sugerimos en el último capítulo). La Encarnación, también, constituye un ejemplo sobre cómo debería vivir una persona en este mundo. Pedro habla incluso de la crucifixión en estos términos: "Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas" (1 P. 2:21).

Pero la expiación es la causa real de la Encarnación. El autor de la epístola a los Hebreos afirma esto con claridad. "Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados. Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí" (He. 10:4-7). Y el autor luego agrega a continuación que cuando Jesús dice que ha venido a cumplir con la voluntad de Dios, esa voluntad debe ser entendida como proporcionando un mejor sacrificio. "En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre" (10:10).

Encontramos este mismo énfasis en otros lugares. En sus denotaciones el nombre Jesús ("Jehová salva") está apuntando hacia la expiación. "Llamarás su nombre JESUS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados" (Mt. 1:21). Jesús mismo hizo referencia a su próximo sufrimiento (Mr. 8:31, 9:31), ligando el éxito de su misión a la crucifixión: "Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo" (Jn. 12:32). En varios otros lugares en el evangelio de Juan se habla de la crucifixión como la "hora" para la cual Cristo vino (Jn. 2:4; 7:30; 8:20; 12:23,27; 13:1; 17:1).

Además, la muerte de Jesús es también el tema del Antiguo Testamento, primero con respecto al significado cabal de los sacrificios (el significado es el centro de la ley) y luego con respecto a las profecías, que cada vez más ponían su mira sobre la promesa de un redentor venidero. En el capítulo 53 de Isaías, y en otros textos del Antiguo Testamento, se nos habla del sufrimiento del libertador que había de venir. En Gálatas, el apóstol Pablo nos enseña que incluso Abraham, que vivió antes de la ley y los profetas, fue salvo por la fe en Jesús (Gá. 3:8,16). Jesús le enseñó a los discípulos apesadumbrados que iban camino a Emaús que el Antiguo Testamento predecía su muerte y su resurrección. "Entonces él les dijo: ¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, le declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían" (Lc. 24:25-27). A la luz de estos textos y de muchos otros, se hace necesario decir que la expiación de Cristo constituye la razón de la Encarnación. Es la explicación de su naturaleza doble y el punto focal del mundo y de la historia bíblica.

La salvación mediante el Dios-hombre

¿Por qué la doctrina de la expiación es central en las Escrituras? ¿Por qué debe haber un sacrificio? O, si aceptamos que la expiación es necesaria, ¿por qué Jesús, el Dios-hombre, debe ser quien la provea? Una respuesta, dada por Calvino en su Institución de la Religión Cristiana, es que así es como Dios lo ha dispuesto y que entonces es impertinencia de nuestra parte preguntar si habría alguna otra manera. Pero esto no es una respuesta completa, como tanto Calvino y Anselmo lo reconocen. Es posible preguntar sin ninguna impertinencia, en un esfuerzo por entender, ¿por qué la salvación debía de lograrse de esta manera?²

Anselmo (y luego Calvino) proponía dos respuestas posibles. La primera es que la salvación debía alcanzarse por medio de Dios, ningún otro podía lograrla. Resulta evidente que ningún hombre o mujer podían alcanzarla, ya que somos nosotros los que estamos en problemas en primer lugar. Estamos en esta situación debido a nuestra rebelión contra las justas leyes y decretos de Dios. Además, hemos sufrido los efectos del pecado a tal extremo que nuestra voluntad está sometida, y

por lo tanto ni siquiera podemos optar por agradar a Dios, y mucho menos agradar a Dios efectivamente. Si hemos de ser salvos, solo Dios, quien tiene tanto el poder y la voluntad de salvarnos, debe ser quien nos salve. La segunda respuesta de Anselmo es que, si bien aparentemente es una contradicción, la salvación debe ser también alcanzada por el hombre. El hombre es quien le ha fallado a Dios y debe ser por lo tanto quien arregle el mal que ha hecho. Dada esta situación, la salvación sólo puede ser lograda por aquel que es al mismo tiempo Dios y hombre, o sea, por Cristo.

No habría estado bien que la restauración de la naturaleza humana quedara sin realizar, y... no podría haber sido realizada a no ser que el hombre pagara lo que le debía a Dios por su pecado. Pero la deuda era tan grande que, si bien sólo el hombre era deudor, únicamente Dios podía saldarla, por lo que la misma persona debía ser al mismo tiempo hombre y Dios. Se hacía así necesario que Dios tomara la humanidad en la unidad de su Persona, para que quien por su naturaleza debía pagar, y no podía, estuviera en una persona que sí podía pagar... La vida de este hombre fue tan sublime, tan preciosa, que fue suficiente para pagar todo lo que se debía por los pecados de todo el mundo, e infinitamente mucho más.³

Si la explicación de Anselmo sobre la Encarnación no ha de ser mal interpretada es necesario que se tengan presentes tres puntos. Primero, es Dios quien inicia y lleva a cabo la acción. Si no recordamos este punto, se hace necesario concebir a Dios como algo remoto y ajeno a la expiación y por lo tanto meramente requiriéndola como un precio abstracto que había de ser pagado para satisfacer su justicia. Según este punto de vista, Dios aparece desinteresado, legalista y cruel. En realidad, la naturaleza de Dios está caracterizada por el amor, y fue por amor que planificó y llevó a cabo la expiación. En Cristo, Dios mismo estaba satisfaciendo su propia justicia. Es fácil comprender entonces por qué la Encarnación y la expiación deben ser consideradas conjuntamente para evitar que no sean distorsionadas.

Segundo, en la explicación de Anselmo no hay ninguna sugerencia, de ningún tipo, de que los seres humanos puedan de algún modo aplacar la ira de Dios. La propiciación sí se refiere al aplacamiento de la ira, como veremos en el estudio sobre ese concepto en el Capítulo trece. Pero no es el hombre quien logra aplacar a Dios. Más bien se trata de Dios que aplaca su propia ira para que su amor pueda seguir abrazando y salvando al pecador.

Tercero, no se trata de una cuestión de sustitución en un sentido superficial donde una víctima inocente toma el lugar de otra persona quien debe ser castigada. Se está hablando de sustitución en un sentido más profundo. Quien toma el lugar del hombre para poder satisfacer la justicia de Dios es en realidad uno que se ha hecho hombre a sí mismo y que por lo tanto podemos considerarlo como nuestro representante.

Un entendimiento adecuado sobre la conexión que existe entre la Encarnación y la expiación hacen que la Encarnación sea comprensible. Al mismo tiempo elimina los malentendidos más comunes y las objeciones que se hace sobre el sacrificio que Cristo hizo de sí mismo por nuestra salvación. Un escrito resume esta cuestión en las siguientes palabras:

Dios no es sólo perfectamente santo, sino que es la fuente y el modelo de la santidad: Es el origen y el sustentador del orden moral del universo. Debe ser justo. El Juez de toda la tierra, debe hacer lo que está bien. Es por eso que, resultaba imposible, por los requisitos de su propio ser, que tratara ligeramente al pecado, y comprometiera su santidad. Si el pecado había de ser perdonado debía ser sobre alguna base que reivindicara toda la santa ley de Dios que no es un mero código, sino el orden moral de toda la creación. Pero dicha reivindicación debía ser extremadamente costosa. ¿Costosa para quién? No para el pecador perdonado, porque no había ningún precio que fuera posible pedirle para su perdón; tanto porque el costo quedaba demasiado fuera de su alcance como porque Dios ama dar y no vender. Por lo tanto, Dios mismo se propuso pagar el precio, ofrecer un sacrificio, tan tremendo que no quedara duda sobre la gravedad de su condena del pecado que estaba perdonando pero que al mismo tiempo demostrara el Amor que lo

impulsaba a pagar el precio, que sería la maravilla de los ángeles, y produciría la gratitud en adoración del pecador redimido.

El precio se pagó en el Calvario, Dios lo pagó: el Hijo se dio a sí mismo, llevó nuestro pecado y nuestra maldición; el Padre entregó a su Hijo, su unigénito Hijo, a quien amaba. Pero se pagó por Dios hecho hombre, quien no sólo tomó el lugar del hombre culpable, sino que también fue su representante....

El Hijo divino, una de las tres personas del único Dios, a través de quien desde el comienzo de la creación Dios se ha revelado a sí mismo al hombre (Jn. 1:18), tomó la naturaleza de hombre sobre sí, y así se convirtió en nuestro representante. Se ofreció como un sacrificio en nuestro lugar, llevando nuestro pecado sobre su cuerpo en la cruz. Sufrió, no solamente la angustia física, sino también el horror espiritual e inconmensurable de ser identificado con el pecado, al que tanto se oponía. Fue así que quedó bajo la maldición del pecado, por lo que por un tiempo su comunión con Dios se quebró. Dios proclamó así su infinita abominación del pecado, haciéndose sufrir todo eso, en lugar de los culpables, para poder perdonar con justicia. El amor de Dios encontró entonces su perfecto cumplimiento porque no se echó atrás frente al más grande de los sacrificios, para que nosotros pudiésemos ser salvos de la muerte eterna mediante lo que él padeció. Fue así posible que él fuera justo, y que justificara al creyente, porque como el Dador de la Ley y como el Sustituto de la raza rebelde del hombre, él mismo sufrió el castigo de la ley quebrada.⁴

El carácter central de la cruz

Podemos arribar a varias conclusiones a partir de esta explicación de la Encarnación. Primero, de acuerdo con las Escrituras, el Calvario y no Belén constituye el centro del cristianismo. En algunos círculos teológicos existe la idea popular que la Encarnación es lo más importante, o sea, Dios identificándose a mismo con el hombre, y que la expiación es algo casi secundario. Pero de acuerdo con las enseñanzas bíblicas, la razón de un Dios-hombre es que un Dios-hombre era quien debía morir por nuestra salvación. Por lo tanto, "el significado crucial del pesebre de Belén radica en el lugar que ocupa en una serie de pasos que conducen al Hijo de Dios en la cruz del Calvario, y no es posible entenderlo hasta que se considere en este contexto".⁵ Enfocar el tema la Encarnación sin considerar la cruz conduce a una falsa sentimentalidad y negligencia del horror y la magnitud del pecado humano.

Segundo, si la muerte de Cristo en la cruz es el verdadero significado de la Encarnación, entonces no puede haber ningún evangelio sin la cruz. La Navidad por sí sola no es el evangelio. La vida de Cristo no es el evangelio. Ni siquiera la resurrección, con toda la importancia que tiene en el esquema final de toda obra, es el evangelio por sí sola. Porque las buenas noticias no son sólo que Dios se hizo hombre, ni que Dios habló para revelarnos la vida que deberíamos seguir, ni siquiera que la muerte, esa gran enemiga, ha sido conquistada. Las .buenas noticias son que se ha conquistado al pecado (la resurrección es prueba ello); que Jesús ha sufrido su castigo como nuestro representante, para que nosotros nunca tengamos que sufrirlo; y que por lo tanto todos los que creen en Él pueden esperar el cielo. Además, los demás temas bíblicos deben ser vistos en este contexto, como ya hemos visto en el caso de la Encarnación. Emular la vida de Cristo y sus enseñanzas sólo es posible para aquellas personas que han entrado en una nueva relación con Dios mediante la fe en Jesús como su sustituto. La resurrección no es simplemente la victoria sobre la muerte (si bien trata de esto también) sino la prueba que la expiación fue una expiación satisfactoria a la vista del Padre (Ro. 4:25), y que la muerte, el resultado del pecado, ha sido abolida sobre esa base.

Cualquier evangelio que sólo hable del acontecimiento de Cristo, entendiendo por esto la Encarnación sin la expiación, es un evangelio falso. Cualquier evangelio que hable sobre el amor de Dios sin señalar que su amor lo llevó a pagar el precio más caro por el pecado, en la persona de su Hijo sobre la cruz es un evangelio falso. El único evangelio verdadero es el de "un mediador"

(1 Tim. 2:5-6), quien se dio a sí mismo por nosotros.

Por último, del mismo modo que no puede haber un evangelio sin la expiación como razón de la Encarnación, tampoco puede darse una vida cristiana sin ella. Sin la expiación el tema de la Encarnación se torna fácilmente en una especie de deificación de lo humano y conduce a la arrogancia y al provecho propio. Con la expiación, el verdadero mensaje de la vida de Cristo, y por ende también el significado de la vida de los hombres y mujeres cristianos, es la humildad y el sacrificarse para suplir las necesidades de otros. La vida cristiana no consiste en la indiferencia frente a aquellos que padecen hambre, o están enfermos, o están sufriendo alguna limitación. No es el contentamiento con la propia abundancia, ni la abundancia de una clase media con casas y automóviles y ropa y vacaciones, ni la abundancia de una buena educación, ni siquiera la abundancia de buenas iglesias, Biblias, enseñanza bíblica o amigos y conocidos Cristianos. Se trata de tomar conciencia de que no todos tienen estas cosas y que por lo tanto nosotros debemos sacrificar muchos de nuestros propios intereses para poder identificarnos con estas personas y así traerlas paulatinamente a la misma abundancia que disfrutamos.

Pablo escribió con respecto a la Encarnación: "Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos" (2 Co. 8:9). Esta es también una afirmación sobre la expiación y la vida cristiana. En realidad ocurre en un capítulo en el que Pablo está hablando sobre las obligaciones que los cristianos de Corinto tenían de dar dinero para suplir las necesidades de los menos afortunados que vivían en Judea. Sólo podremos vivir plenamente para Cristo cuando estemos dispuestos a ser empobrecidos, si así fuese necesario para que otros puedan ser ayudados.

Notas

1. James Denney, *The Death of Christ*, ed. R. V. G. Tasker (Chicago: InterVarsity Press, 1964), p. 175.
2. Uno de los temas más importantes en la obra de Anselmo lo constituye esta área, como justificación de su investigación en las razones de ciertas verdades reveladas. La frase que él utiliza para esto es *fides quaerens intellectum* ("la fe en busca de entendimiento"). Ha sido objeto de un valioso estudio por Karl Barth, *Anselm: Fides Quaerens Intellectum* (Richmond: John Knox Press, 1958).
3. Eugene R. Fairweather, ed. y trad., *A Scholastic Miscellany: Anselm to Ockham*, "The Library of Christian Classics", X (Philadelphia: The Westminster Press, 1956), p. 176.
4. H. E. Guillebaud, *Why the Cross?* (Chicago: InterVarsity Christian Fellowship, 1947), pp. 130, 185.
5. Packer, *Knowing God*, p. 51.